

MEMORIAL DE ARTILLERÍA

EL

DOS DE MAYO

POR

ARTURO DE OLIVER-COPÓNS



MADRID

IMPRENTA DEL CUERPO DE ARTILLERÍA

1891

91
p-

91
8

93
93

BR-4000
MLR-181-C
1891/88

ARCHIVO FACULTATIVO DE ARTILLERIA

Indice por orden

Estante

Tabla

Nº

MUSEO DE LITERATURA MILITAR

ESTADO MAYOR

SERVICIO HISTORICO



EJERCITO ESPAÑOL

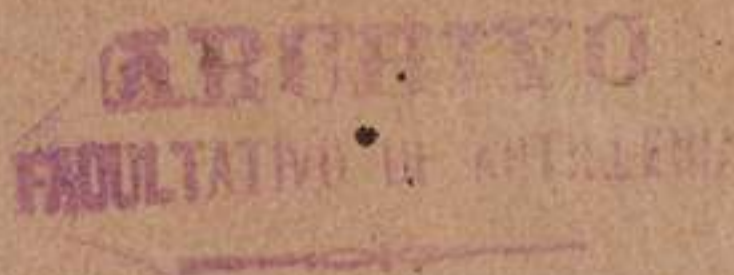
Inscripción

Glasificación

Colocación

Sala
Estante 14
Tabla 4
Núm. 1891
-88-

1891
88



EL DOS DE MAYO

Cuando parecía que nada nuevo quedaba por decir para reseñar la heroica defensa del Parque de Artillería de Madrid en la memorable jornada del *Dos de Mayo de 1808*, después de tanto como se ha escrito en el transcurso de ochenta y tres años, por personas de distintas clases y condiciones, refiriendo unas, como testigos presenciales, impresiones propias, reflejando otras las que habían recibido por los relatos de las primeras, y no pocas exponiendo los hechos con prolija minuciosidad, no sin haber registrado y compulsado con detenido exámen multitud de documentos y antecedentes, cuando parecía que los materiales deberían estar agotados y por completo conocidos en todos sus detalles los menores incidentes de aquella gloriosa etapa que inauguró la grandiosa epopeya de nuestra independendia en el presente siglo, nos encontramos con nuevas disquisiciones ó con nuevos comentarios de las ya conocidas, que si no hacen variar, porque esto es imposible, el concepto que de aquel suceso se tiene formado, pueden por lo menos inducir á error aun contra el propósito de sus autores.

Tal ocurre con alguno de los relatos que estos días han visto la luz pública con motivo de la inauguración en la plaza del Rey de esta corte, de la estatua elevada por suscripción entre todos los cuerpos é institutos del

Ejército á la memoria de *D. Jacinto Ruíz y Mendoza*, teniente de la tercera compañía del segundo batallón del regimiento voluntarios del Estado, muerto en Trujillo el 13 de Marzo de 1809, á consecuencia de las heridas recibidas en Madrid el *Dos de Mayo* anterior, defendiendo con *Daoíz y Velarde* el Parque establecido en el antiguo palacio de Monteleón; y como el dicho relato está basado en la *Noticia de lo ocurrido el día dos de Mayo de 1808 en el Parque de Artillería de Madrid y asombroso valor de los inmortales RUÍZ, VELARDE y DAOÍZ*, publicada en Badajóz en el número segundo del periódico titulado *ALMACÉN PATRIÓTICO*, consideramos de gran oportunidad y conveniencia transcribir lo que sobre este asunto tan interesante dice el distinguido publicista y literato D. Juan Pérez de Guzmán, concienzudo, ilustradísimo é imparcial historiador del *Dos de Mayo de 1808*, conocido ya de los lectores del *MEMORIAL*, por haberse publicado en el mismo (*) bajo el epígrafe *Memorias del dos de Mayo—La confabulación de los artilleros*, un fragmento del libro inédito, *Los héroes y las víctimas del dos de Mayo*, de que es autor.

Dividido su último trabajo (**) en una breve introducción y cuatro artículos, se ocupa en el primero de biografíar al referido D. Jacinto Ruíz y Mendoza hasta su participación en la defensa del Parque y en los tres restantes que copiamos á continuación, habiéndonos permitido anotarles, explica, con profundo conocimiento de lo que trata, el verdadero alcance de aquella participación, los combates posteriores á su herida y retirada del lugar del suceso, su fuga á Extremadura para escapar de la animadversión de Murat y los honores póstumos que se le han tributado, con otras curiosas noticias.

Dicen así:

(*) Serie 3.^a, tomo XIX, pág. 409.

(**) Publicado en el núm. 13.894 del periódico *La Época*, correspondiente al 1.º de mayo del año actual.

II

El acto del Parque. (*)

El autor de la *Noticia de lo ocurrido el 2 de Mayo* bosqueja á Ruíz «postrado en el lecho, con una fuerte calentura,» al estallar el tumulto popular, principio de la sangrienta jornada de aquel día.

Inmediatamente se levantó y dirigióse al puesto á donde sus deberes le llamaban: al cuartel de su cuerpo, situado en la calle Ancha de San Bernardo. Su coronel, el Marqués de Palacio, mandó al Parque la tercera compañía del segundo batallón con fuerza de 40 hombres, y á Ruíz tocó en suerte cubrir su puesto bajo las órdenes del capitán de la misma D. Rafael de Goicoechea, y llevando por compañeros al de su misma clase y mayor antigüedad D. José Ontoria, al subteniente D. Tomás Burguera y á los cadetes D. Andrés Pacheco y D. Juan Rojo.

Aquella fuerza había sido demandada al Marqués de Palacio por el capitán de artillería D. Pedro Velarde al salir, en su exaltación patriótica, de las oficinas de la Junta Superior de Artillería, establecida en la misma calle de San Bernardo, para dirigirse al Parque en unión del oficial de Cuenta y Razón D. Manuel Almira, del meritorio D. Domingo Rojo Martínez y de algunos grupos de pai-

(*) Las fuentes de ilustración que el Sr. Pérez de Guzmán ha tenido en cuenta respecto á Ruíz y Mendoza al escribir su libro, aún inédito, *Los héroes y las víctimas del Dos de Mayo*, han sido, según el mismo dice:

1.º Su hoja de servicios y expediente de su brevisima carrera militar en el *Archivo general del Ministerio de la Guerra*.

2.º Un folleto publicado en Madrid en Agosto de 1808 en la imprenta de Gómez Fuentenebro, y que tiene por título *Noticia de lo ocurrido el día 2 de Mayo de 1808 en el Parque de Artillería de Madrid y asombroso valor de los inmortales Ruíz, VELARDE y DAOÍZ, publicada en Badajoz en el número segundo del periódico titulado ALMACÉN PATRIÓTICO*.

3.º El expediente de recompensas nacionales dispensadas por mandato del Rey Fernando VII á las familias y parientes de los muertos y heridos de aquella gloriosa fecha, conservado en el *Archivo Municipal de Madrid*.

4.º Algunas referencias en el que para ilustrar los nombres y los recuerdos de aquel día, mandó instruir en 1811 el Director general de Artillería D. Martín García y Loygorri, que se encuentra en el *Archivo de la Dirección general del Arma*, y el sermón que en 1817 mandó predicar al capellán de honor y canónigo de Segovia señor García Bermejo.

Finalmente, varios folletos históricos de la época y los sermones predicados en las honras fúnebres anuales por las víctimas del Dos de Mayo, así en la Península como en América, en los primeros quince años posteriores á la reintegración de Fernando VII al trono de sus abuelos.

sanos, que con frenético entusiasmo se pusieron al lado de un oficial tan distinguido, al aparecer en escena en aquella actitud efervescente y armado con uno de los fusiles del retén de la Junta referida.

Palacio, que tenía formado su regimiento en el patio del cuartel, negábase á prestar al tumulto fuerza ninguna armada de la que estaba bajo su mando. Cedió á las súplicas de Velarde sólo para que la compañía que destacaba fuese á garantizar la seguridad del Parque, dotado de una escasísima fuerza de artillería é intervenido por otra mayor de infantería francesa, mas dando á Goicoechea la orden verbal de no cometer, sin nuevo aviso, acto ninguno de hostilidad contra los franceses.

No pueden, pues, tomarse, ni aun como verosímiles siquiera, las especies vertidas por el autor anónimo (*) del folleto á que me refiero, que atribuye al teniente Ruíz iniciativas de todo punto inacceptables en un oficial que llevaba una posición subalterna, y que en las funciones de su cargo no podía para nada separarse de sus filas, cualesquiera que fuesen los sentimientos de exaltación que en aquellos instantes trabajasen su ánimo. Además, el autor anónimo de la *Noticia de lo ocurrido el 2 de Mayo* adjudica á Ruíz todos los actos, y aun las palabras que Novella reconoce que se debieron al capitán D. Pedro Velarde, para rendir y desarmar la fuerza francesa que se había introducido en el Parque, siendo lo más razonable que, como Novella testifica, todos aquellos actos se debieran más bien al que estaba en su propia casa, y con independendencia y autoridad para ello, que al oficial extraño que venía subordinado en sus filas al jefe de la fuerza auxiliar que había prestado al heróico capitán de ar-

(*) El autor de este folleto debe ser el médico *D. Pedro Pascasio Fernández Sardino*, que vivía en Badajoz, donde conoció y trató á Ruíz cuando llegó herido, y acaso le asistió en el curso de su enfermedad. La descripción que hace de los sucesos del *Dos de Mayo* está basada en referencias, principalmente, parece natural, en las del mismo teniente Ruíz; no tienen, por lo tanto, otra autoridad que la suya propia, muy respetable sin duda alguna, pero que nosotros posponemos en este asunto á la de Novella y Arango, testigos presenciales de los hechos, en los que tomaron una participación activa y eficaz.

Debemos notar también que muchos de los detalles que da este Sr. Fernández Sardino no están confirmados en ninguno otro de los muchos documentos por entonces publicados, así oficiales como particulares, y como en un recto juicio, sereno é imparcial, no cabe pensar de buena fé que hubiera *influencias* interesadas en desfigurar los hechos ú obscurecer ciertos detalles, pues que ningún fin se perseguía con ello y, por el contrario, en aquellos primeros años que siguieron á la restauración de Fernando VII en el trono de sus mayores, todos estaban interesados en dejar bien señalados los jalones de la jornada en que nos ocupamos, no vacilamos en afirmar que el escrito de Sardino, en contradicción en muchas cosas con todas las referencias conocidas, incluso la voz del pueblo, que pocas veces se equivoca, no puede considerarse, ni mucho menos, como artículo de fé.

tillería el coronel de los Voluntarios de Estado, Marqués de Palacio (*).

Reduciendo á sus verdaderos términos el valor del espontáneo y denodado arranque del teniente D. Jacinto Ruíz y Mendoza en el Parque, y despojando su noble actitud de las fábulas de la falsedad que le prestarían un tinte de inverosimilitud contrario al mérito real de su verdadero sacrificio, es preciso negar en redondo cuanto en el folleto mencionado se refiere, siendo los informes, que hace incontrovertibles la autoridad de los documentos á que me remito, los que precisan los hechos siguientes.

Luego que se avocaron Daoíz, ya informado de la disposición de las cosas por el ayudante del Parque, teniente de artillería D. Rafael de Arango, y Velarde, que acababa de desarmar á los franceses y de distribuir las armas entre el paisanaje, situando la fuerza popular en los lugares más estratégicos para la defensa, los vigías apostados en los balcones de la calle de San José avisaron de que por la calle de Fuencarral bajaba hacia el Parque un batallón francés: el de Westfalia. Y aquí ha de permitírseme copiar á la letra este breve pasaje del libro XI, part. iij de mi obra inédita *Los héroes y las víctimas del Dos de Mayo*:

«La primera voz de Daoíz entonces fué de guardar silencio. Reunió inmediatamente en medio del patio y al lado de los cañones á los oficiales y artilleros, y proclamando dentro de aquel breve recinto al Rey Fernando VII y la independencia y la libertad de España, juraron todos obediencia á Daoíz y Velarde y se dispusieron animosos á perecer antes que consentir el oprobio de la servidumbre extranjera.

En medio de aquel acto, de una majestad imponente, destacóse

(*) D. Rafael Arango en su *Manifestación de los acontecimientos del Parque de Artillería el día 2 de Mayo de 1808*, reproducida en el tomo VIII de la 1.^a serie del MEMORIAL del Cuerpo, refiere el desarme de la guardia francesa con estas lacónicas palabras: «.....Entró el pueblo como un turbión, y sin causar ni leve daño á los franceses porque no se defendieron, les arrebató los sables y fusiles.....» Como se vé no da grande importancia á este episodio, sin duda porque la guardia francesa, fuerte de unos 75 á 80 hombres, se consideró desde luego impotente para dominar la situación y no hizo resistencia alguna ante el levantamiento popular que presenciaba y la decidida actitud de los defensores del Parque. Arango otorga la gloria del desarme al pueblo, cuando entró en el edificio por haber ordenado Daoíz que se franquease la puerta. Esto no obsta para que aceptemos de buen grado lo que se dice en la *Noticia biográfica* que se conserva en el Museo de Artillería en unión de las de Daoíz y Velarde, de que Ruíz «acompañó sólo á Velarde cuando éste entró á desarmar la guardia francesa que había en el Parque, de cuya gloriosa acción se hizo partícipe.....» lo mismo que lo dicho por el canónigo Bermejo en el sermón predicado en 1817 «.....y entrando dentro del cuartel Velarde, seguido del teniente de voluntarios Ruíz, intimaron la rendición á la guardia francesa, que estaba sobre las armas.....» pero de esto á lo que afirma Sardino hay una diferencia notable.

de las apáticas filas de los Voluntarios de Estado, que bajo el mando de Goicoechea, y en obediencia á la orden recibida del Marqués de Palacio, permanecían inmóviles, no impasibles, en su línea de formación, el teniente D. Jacinto Ruíz y Mendoza, soldado africano, que en un cuerpo débil y enfermo encerraba un corazón intrépido y valiente, tendió el brazo y la espada desnuda entre las espadas desnudas de los artilleros, y juró con ellos morir en aras de la libertad de la patria.»

A esta escena, digna de la musa épica de Homero, asistían, además de Daoíz con los trece soldados y cabos de su compañía de artilleros; además de Velarde y Arango, ayudante del Parque, los capitanes D. José Dalp, D. José Córdoba de Figueroa y D. Juan Cónsul, el subteniente D. Felipe Carpeña (todos de artillería) y el capitán exento de Guardias de Corps D. José Pacheco, pues otros dos oficiales de marina que también se habían presentado en el Parque, el alférez de fragata D. Juan Van-Halen y el de igual clase D. José Hezeta, se apresuraron á salir de aquel sitio por la puertecilla lateral de la calle de San Andrés, para avocarse con el Ministro de la Guerra O'Farril y pedirle que enviase al Parque, en auxilio del puñado de artilleros que allí quedaba, alguna fuerza militar de la poca que en Madrid había.

En el primer acto de los artilleros, al romper el fuego, cuando los gastadores del batallón francés estaban ya sobre la puerta cerrada del Parque, á Ruíz no cupo participación alguna. Daoíz mandó hacer consecutivamente sus tres disparos de cañón, que llevaron la muerte á los franceses en sus apretadas filas por entre las horadaciones que en la desecha puerta abrieron con horrible estrago los proyectiles, mientras que Velarde dirigía desde las ventanas el fuego de fusilería del paisanaje armado, que hería ya de espaldas al enemigo fugitivo. Entonces acabó de organizarse la defensa. Sacáronse las tres piezas que embocaron las calles por donde era de esperar la nueva agresión del extranjero (Fuencarral, Ancha de San Bernardo y San Pedro), el cual no tardó en aparecer por la de San Bernardo (el 4.º regimiento provisional). Mas esta vez sólo emprendió una escaramuza á fuego graneado, para entretener las fuerzas españolas militares y del pueblo, mientras en las plazuelas y puntos estratégicos contiguos se concertaba, con la llegada de otras tropas, un ataque general y simultáneo por distintos lados.

«En esta refriega sin gloria (*)—he escrito yo en mi obra referi-

(*) La herida de Ruíz la refiere D. Rafael Arango en los términos siguientes: «.....En esta ocasión fué también que el *muy valeroso Ruíz*, teniente de granaderos del Estado, se separó de su tropa inmóvil, se presentó gallardamente fuera de la puerta, y allí, después de haber dado muestras de *un oficial hazañoso*, resultó herido en el

da—fué en la que, por nuestra parte, sufrimos una de las pérdidas más sensibles en aquella ocasión tan apurada, y en que los hombres de valor, inteligencia y actividad eran tan precisos: la del teniente de Voluntarios de Estado Ruíz Mendoza.

Había recibido este valiente oficial una herida de bala en un brazo, que le vendó con su pañuelo, para contener la hemorragia, el exento de guardias de Corps D. José Pacheco. Volvió aquél inmediatamente á la lucha, sin cesar de dar voces á nuestros heroicos guerrilleros; mas una segunda bala enemiga, entrándole por la espalda y saliéndole por el pecho, le hizo caer en el suelo, de donde le recogieron desmayado unos paisanos y le llevaron dentro, á los pabellones de los oficiales, que se convirtieron en hospital de sangre. Igualmente quedaron fuera de combate un cabo y cinco artilleros, todos heridos de balas de fusil, pues habiéndose sostenido la refriega á cuerpo descubierto, cada hombre ofrecía, sin defensa, blanco cierto á la puntería de los buenos tiradores que abundaban en el ejército francés.»

III

Combates posteriores.—Fuga á Extremadura.

La desgraciada circunstancia que dejo referida, hizo que Ruíz y Mendoza ya no tomase parte en el resto del patético y sangriento drama del Parque, durante los momentos más solemnes de la defensa de aquel lugar sagrado, que perpétuamente debiera ser un ara santa para la patria.

Él no presenció el tercer avance de las tropas francesas, que determinó el momento máximo de la lucha terrible y victoriosa de los

brazo izquierdo de una bala de fusil, cuyo *fatal accidente* hizo resplandecer su *bizarria*, por que no cesó de dar las voces de *fuego, artilleros*, hasta que ya desmayado, porque *el propio encendimiento de su sangre* hacía más copioso el derrame, lo cargaron unos paisanos y lo llevaron adentro.....» Ya ven nuestros lectores que este cronista, artillero y testigo presencial, á raíz de los sucesos, no escatimó, como era justo y debido, los elogios que merecía el bravo teniente de infantería; y llamamos sobre ello la atención, como ya se ha hecho otras veces (a), para evitar torcidas insinuaciones.

El Cuerpo de Artillería nunca tuvo interés en rodear de neblinas la simpática figura de Ruíz, que compartió con nuestros héroes y los otros defensores del Parque las glorias de aquel día de recuerdo imperecedero. ¿Por qué y para qué había de obrar de manera tan poco digna y tan impropia de una corporación que siempre rindió fervoroso culto al honor y á las glorias militares? ¿Acaso se necesitaba esto para agrandar las figuras de Daoíz y Velarde, cien codos elevadas sobre el resto de los mortales?

(a) Véase el MEMORIAL, serie 3.ª, tomo XX, páginas 136, 137 y 138.

defensores del Parque, y en el que se dibujaron entre éstos las figuras homéricas de las mujeres insignes. Yo no sé cómo resistir la imperiosa tentación de transcribir aquí alguno de sus episodios. Dirigía el ataque enemigo el coronel conde de Montholon, el compañero después de Napoleón Bonaparte en Santa Elena, su testamento y autor, por último, de los dictados del destierro bajo el título de *Recits de la captivité*.

A la infernal algazara de cajas y cornetas, á las voces de su jefe, que no cesaba de repetir *¡en avant! ¡en avant!*, y al clamoreo continuo de los soldados, que rompían sin tregua en aclamaciones de *¡vive l'Empereur!*, avanzaban las fuerzas de Montholon, recibiendo en los primeros momentos el fuego de la metralla, que abría anchos surcos de muerte en sus cerradas filas, sin detenerse en su impávida acometida. No fué posible sostener la desigual batalla; á mitad de la calle se hizo alto, y el fuego fué desde entonces más nutrido y mortífero por una y otra parte. De la nuestra, las pérdidas eran horribles. Un muro de cadáveres rodeaba los cañones que nuestros artilleros manejaban.

«Aquél fué el momento—escribo yo en mi obra referida—sublime del combate. Todos servían con anhelosa obediencia al indescriptible vértigo de la lucha.

El que tenía armas, hería con ellas y sembraba entre los contrarios ó recibía de éstos la muerte con el mismo furor. Allí desplegaron las alas de la inmortalidad las excelsas heroínas del Parque. Clara del Rey y Calvo, la más ilustre de todas, se hallaba en el combate, ayudando á los heroicos artilleros españoles con Manuel González Blanco, su marido, y con sus tres hijos, Juan, de 19 años; Ceferino, de 17, y Estanislao, de 15. Trabada la lid, no se apartó ella ni un solo momento del lado de los cañones, y con la voz que participaba de las dulces inflexiones de la ternura de la madre y de los acentos terribles de la sublime ira que la encendía, acalorando con sus exhortaciones el valor de sus hijos, casi niños, recibió la muerte, herida en la frente de un casco de bala de los cañones enemigos. Su hijo Juan, adorando siempre el recuerdo venerable de la que le dió el ser, sentó luego plaza de soldado en la quinta compañía del tercer escuadrón de cazadores de Sagunto é hizo toda la guerra contra los franceses, «para defender la patria y para vengar á su madre.»

Manuela Malasaña y Oñoro, en quien la juventud brillaba con los frescos encantos de sus 17 años, sacaba en la falda el repuesto de cartuchos para proveer á los que peleaban, en cuyo número se hallaba su padre. Una bala en la sien la arrebató instantáneamente la vida á su presencia.

No derramó, sin embargo, éste ni una lágrima y continuó inal-

terable haciendo fuego. Goicoechea, que advirtió aquella tragedia, envió orden para que á aquel hombre se le retirara de un lugar para él de tanta desventura. Dos veces la resistió: á la tercera, Juan Malasaña dejó el fusil á otro que combatía sin armas; llegó á los piés de su hija, besóla en el rostro ensangrentado, recogióla en los brazos y, gimiendo y besando siempre con efusión el cadáver, desapareció por la calle de San Andrés donde habitaba.

También Benita Pastrana tenía 17 años, hermosura y amor. En el combate estaba el hombre á quien amaba, y ella entre las llamas del combate. Su muerte fué obscura, aunque herida al pié de los cañones, ya en parte huérfanos de los artilleros que los servían, y á quienes habían diezmado las balas. Conducida después de la pelea, por los hermanos de la Congregación de la Misericordia á la enfermería de la Venerable Orden Tercera de San Francisco, á instancias suyas, á los pocos días murió olvidada. Lo mismo murió Angela Fernández Fuentes en el Hospital general, á donde se la condujo privada de conocimiento.

El tiempo ha velado en las sombras profundas del misterio á una heroína del Parque que no llegó á éste, pues encontró la muerte en su camino.

Llamábase Doña María Beano. Era viuda de un capitán de artillería. Tenía cuatro hijos menores: uno varón y tres hembras. Vivía exenta de sospechas desfavorables, aunque joven y hermosa, en un cuarto segundo de la calle del Escorial, que Velarde con frecuencia visitaba. Cuando le llevaron la noticia de los sucesos del Parque, una inquietud vertiginosa se apoderó de ella. Ordenó con precipitación su traje y sus cabellos. Besó entre lágrimas á sus hijos, recomendólos con tierna solicitud y fatídicos recelos á una criada antigua y fiel, y se lanzó á la calle para no volver más junto á aquellos objetos de su amor. Se dirigió al Parque, cuyas inmediaciones rodeaba un impenetrable círculo de acero francés. Por varios puntos intentó ganar la calle que á él conducía. Frustráronse todos sus esfuerzos; mas cuando, en una de estas acometidas, ya creía alcanzar lo que deseaba, una bala perdida, hiriéndola de súbito, desplomóla exánime en tierra, sin exhalar un suspiro. Cuando este trágico suceso se verificaba en la calle de San José, Velarde aún vivía, dirigía el combate y luchaba como un héroe.

El cardenal D. Judas José Romo, arzobispo de Sevilla, que fué en 1808, en sus mocedades, de los combatientes del Parque, nos ha legado un documento por el cual también se sabe que la prenda de amor prometida á Daoíz, cuando supo su heroico sacrificio, pretendió ser digna de él y consagrarse para siempre á su memoria inmortal. Siendo joven, hermosa y opulenta, renunció á todo, tomó el hábito de religiosa en un convento de Utrera y, uniéndose á Dios

perpetuamente por medio de los votos monásticos, juntó en un sólo culto para toda su vida todos los grandes afectos de su alma que había perdido.»

En ninguna de estas grandezas, ni en la rendición del Conde de Montholon, que entró en el Parque prisionero, ni en las posteriores hasta la muerte dramática de los dos caudillos insignes del día y la ocupación del Parque por el ejército francés al mando de los Generales La-Grange y Lefranc, tomó ya parte Ruíz, diga lo que quiera el autor anónimo del folleto que ensalza su valioso comportamiento.

Un médico francés le hizo la primera cura á las cuatro de la tarde, y cinco horas después de haber sido herido. Transportado á su casa, llegó casi exánime, así por la gravedad de su accidente como por las grandes pérdidas de sangre que había sufrido. Reanimáronlo los solícitos cuidados del doctor D. José Rives, catedrático del Colegio de San Carlos de Madrid, y probablemente le habría salvado éste, á haber podido completar en Madrid su curación. Pero como los franceses, después de aquella funeral jornada, tenían empeño en sostener en la capital una perenne atmósfera de miedo, á pesar de las capitulaciones que se hicieron con O'Farril, á instancias de Navarro Falcón, para salvar á los militares y paisanos cogidos prisioneros en el Parque y á los oficiales que habían estado en él tomando mayor ó menor parte en la refriega, hicieron extender la voz de que, luego que sanasen los heridos de aquel lugar, serían pasados por las armas.

Desde el lecho en que se hallaba aún doliente de su herida, cerca de un mes después, oyó Ruíz una conversación sostenida entre sus asistentes en que se vertieron estas ideas, compadeciendo la triste suerte que cabría al joven y valeroso teniente de Voluntarios de Estado cuando hubiese logrado dominar su mal.

Apoderóse de su ánimo una agitación nerviosa extraordinaria, con frecuentes accesos de delirio. Varias veces, según el autor de la *Noticia de lo ocurrido el 2 de Mayo*, en medio de estas crisis «cayó rodando en tierra, arrastrando en pos de sí el lecho en que yacía». La fiebre volvió á hacerse subida y continua. Hubo que pensar en sacarlo de Madrid, en la forma en que Arango fué salvado por su hermano al día siguiente de los sucesos, y, preparada la fuga para Extremadura, acompañáronle hasta Badajoz tres excelentes amigos que por él se interesaban: D. José de Luna, D. Julián Romero y don Francisco de Arcos. En Badajoz fué objeto de públicas ovaciones, de simpatías generales y fervorosas y de solícitos cuidados; pero la estación de los calores extremados se vino encima en aquella población, una de las más cálidas de España. La herida de la espalda, que en estas expediciones había sido mal cuidada, tomó caracteres más graves, aunque, para evitarlo, fué trasladado á Trujillo. Al ca-

bo sucumbió, rodeado de grandes respetos y universales cariños. La salida de Madrid se verificó el 30 de mayo de 1808, y la muerte del generoso oficial ocurrió el 13 de marzo de 1809.

IV

Honores póstumos.—Otros militares ilustres.

Del nombre del teniente D. Jacinto Ruíz y Mendoza, tal vez pocos se habrían acordado después sin la leal justificación del Director General de Artillería D. Martín García y Loygorri, el cual, al mandar instruir el expediente del *Dos de Mayo* en el Parque, en 1814, procuró que los testigos de aquellas proezas depusieran cuanto supiesen respecto á aquel joven oficial de Voluntarios de Estado que cayó también mortalmente herido al lado de los héroes insignes de la jornada.

Con la averiguación sumaria que entonces se llevó á cabo, el General Loygorri propuso al Rey que á los parientes inmediatos del esclarecido mártir se otorgaran algunas gracias correspondientes al mérito de su precioso sacrificio. En virtud de esta propuesta, en la *Gaceta de Madrid* de 23 de marzo de 1815 apareció una Real orden por la que se recompensaban sus servicios en su hermano D. Antonio Ruíz y Linares, cadete á la sazón del regimiento de infantería fijo de Céuta, ascendiéndole á subteniente del mismo cuerpo y mandando se tuviera presente á su hermana Doña Salvadora para la viudedad correspondiente á su difunta madre.

Con posterioridad, y cuando se crearon las medallas de honor y distinción para los parientes de las víctimas del *Dos de Mayo*, su anciano padre D. Antonio Ruíz y Linares solicitó aquella gracia como comprendido en los decretos de Fernando VII.

La instancia en que la pedía, y que informó muy favorablemente el Comandante general de la plaza de Céuta D. Francisco Antonio del Villar, trajo la fecha del 30 de agosto de 1817, y, en efecto, por conducto de D. Mariano Quirós, le fué enviada *la medalla de honor* el 3 de enero de 1818. García y Loygorri hizo incluir su elogio, á par del de Daoíz y Velarde, en el sermón de las honras fúnebres del *Dos de Mayo* que predicó en 1817 en San Isidro el señor García Bermejo, y desde entonces, Salas en el *Memorial histórico de la Artillería española*, Ramírez en la *Corona poética*, Tamarit en la *Memoria histórica* y Arango en su *Relación presencial*, dieron á Ruíz un puesto de honor al lado de los dos ilustres capitanes de artillería.

No fué uno mismo el mérito de las respectivas hazañas, pero fué uno mismo el sacrificio. Las de Daoíz y Velarde las ennoblece la

larga y patriótica preparación de aquel acto, el valor con que lo sostuvieron, pues no registra la historia humana hecho de guerra de mayor desesperación y de mayor constancia, y la conciencia firme que llevaban de que su resolución redentora tenía necesariamente que producirles la muerte.

En Ruíz todo fué circunstancial y espontáneo; mas, como en mi carta al General Gómez de Arteche (*) ha poco dije, su actitud fué heroica y su resolución sublime. «Sin que el deber le impulsara, sino sólo el arrojó instantáneo y fervoroso del amor á la patria, puso su espada al lado de la de los oficiales de artillería del Parque, juró con ellos la defensa de la causa común y recibió entre ellos las heridas que le produjeron la muerte.

Su nombre se unió con justos merecimientos al honor de la leyenda santa de aquel día de redención y sacrificios. Fué héroe entre los héroes, y su nombre y su fama se ilustraron á par de los más conspicuos. El tributo á su memoria está, pues, bien rendido y bien justificado, y el Ejército todo, en todos sus institutos, al asociarse á él, ha cumplido lealmente una deuda de justicia».

No son éstos, sin embargo, los únicos soldados á quienes comprenden el honor y la gloria de aquel día, como les comprendió lo patético y valioso del sacrificio que hicieron de su vida por la patria.

La historia ha olvidado, y yo quiero consignarlo aquí, adelantándome á la publicidad de mi libro, en que todos los hechos que conozco constan, el nombre del Brigadier de los reales ejércitos, don Nicolás Galet y Sarmiento, gobernador del campo y resguardo de esta corte. Informado de que en el Portillo de Recoletos habían sido aprehendidos por los franceses los guardias montados Anselmo Ramírez de Arellano y Díez de Belmonte, Francisco Parra, Francisco Reguera Mingoli, Gaudosio Calvillo y Juan Antonio Martínez, sus subordinados, y que iban á ser pasados por las armas, montó inmediatamente á caballo y partió al lugar donde se hallaban presos, para pedir su libertad.

Maltratado por los franceses, desconocida su autoridad y hecho objeto de una agresión vil, fué conducido á su casa de la calle de la Luna en grave estado, luchando entre la vida y la muerte, hasta que, al cabo, ésta le prendió en sus garras el 14 de agosto de aquel mismo año.

En mi *Lista alfabética y biográfica de los héroes y las víctimas del Dos de Mayo*, que forma el primer apéndice de mi libro, constan los nombres de los muertos y heridos en aquella jornada (**).

(*) Publicada en *La Epoca*, núm. 13.857, correspondiente al sábado 28 de marzo del corriente año.

(**) De esta lista copiamos los referentes al Cuerpo de Artillería y son los siguientes:

A excepción de Daoíz y Velarde, á quienes el General García y Loygorri agregó en 1814 el nombre de Ruíz, ninguno de los demás es superior á los otros. Uno mismo fué el valeroso ímpetu del combate y uno mismo el glorioso sacrificio de la vida ó de la sangre. A todos una misma gloria; á todos un mismo honor.

Después de cuanto se dice en el autorizado y notable escrito que acabamos de transcribir, nada añadiremos por cuenta propia; creemos que una vez más se afirma la verdad de los hechos, de modo tal, que no caben distinguos é interpretaciones: se da al *César lo que es del César* y á cada cual la gloria que le corresponde, que para todos es inmortal como el acto que realizaron.

Daoíz y Velarde en primer término, Ruíz después, más allá Malasaña y su hija, Manuel González y su esposa, y tantos otros artilleros y paisanos que perdieron la vida en aquel «sangriento y transcendental combate, cuya importancia crece y se agiganta al transcurso del tiempo,» y en último término Cónsul y Novella, Arango y Carpeña Almira y cuantos contribuyeron á domeñar las soberbias águilas imperiales, merecen respeto profundo de los que nos gloriamos en ser sus descendientes y pertenecer al Ejército en que ellos sirvieron (*).

MUERTOS

Núm. 93.—Eusebio Alonso, el sublime cabo segundo de la primera compañía, tercer batallón de artillería, héroe del Parque, de quien Arango hace especialísima mención.

Núm. 184.—José González Sánchez, artillero del Parque.

HERIDOS

Antonio Martín Magdalena, artillero del Parque.

Juan Domingo Serrano, ídem íd.

Pascual Iglesias, ídem íd.

Sebastián Blanco Calda, ídem íd.

(*) De otro oficial de Artillería, no menos distinguido, debemos hacer mención, que si no tomó una parte activa en la defensa del Parque, no fué por falta de voluntad y deseo. Nos referimos á don

Al honrar su memoria nos honramos nosotros; por eso merece nuestro sincero aplauso la idea que inspiró la elevación de la estatua que se acaba de inaugurar. Al pié de ella el Cuerpo de Artillería ha colocado una corona, y en justa correspondencia el arma de Infantería dedicó otra de plata, preciosa y artísticamente labrada, á los dos heróicos artilleros.

El Inspector general de Infantería, en unión de una Comisión de jefes y oficiales del arma, fué el encargado de depositarla en el pedestal de la estatua de aquéllos (**), siendo recibida por el General Burgos, Inspector de Artillería, cambiándose con este motivo sentidos y patrióticos discursos, que terminaron con vivas á SS. MM., al

Joaquín Ruíz de Porras, teniente coronel del Cuerpo en 1808, que habiendo ingresado en el Colegio de Artillería de Segovia en 1776, ascendió á subteniente en 1779 y murió de Subinspector en fecha posterior á 1823.

Este oficial, en marzo de 1808, regresó á España de la división de Italia y fué destinado á la Dirección General de Artillería; y el día 2 de Mayo «acudió al Parque de Monteleón, donde no pudo entrar porque se lo impidieron los enemigos, y luego fué mandado juzgar por una comisión francesa, como todos los oficiales del Cuerpo existentes en Madrid, cuya orden se revocó á instancias del Infante D. Antonio, quien antes avisó secretamente á los interesados para que se precaviesen» (a).

Esto corrobora la idea de que Daoíz y Velarde no obraron tan aislada é impremeditadamente como se quiere suponer, y que su espíritu dominaba en todos los oficiales del Cuerpo residentes en Madrid, y por eso quisieron someterlos á un procedimiento militar, lo que no se hizo con los de ningún cuerpo de las otras armas.

(**) Aunque es por demás sabido, creemos que no huelga recordar que el grupo de Daoíz y Velarde, de marmol de Carrara, ante el cual se depositó la corona que á dichos héroes dedicó el arma de Infantería, fué esculpido en Roma por el artista catalán D. Antonio Solá, y su importe se sufragó por suscripción entre todos los Generales, jefes y oficiales del Cuerpo de Artillería y de Cuenta y Razón, tanto de la Península como de Ultramar: bueno es tener esto presente para que no se olvide que dicho grupo pertenece al Cuerpo.

Hemos tenido ocasión de ver toda la documentación concernien-

(a) Tomado de su hoja de servicios.

Ejército y al pueblo de donde han salido héroes como los que en tales momentos se ensalzaban; vivas que fueron contestados con frenético entusiasmo por toda la concurrencia, formada en su mayor parte de numerosa representación de ese mismo pueblo que se victoreaba, descendiente de aquellos otros héroes anónimos que tanta participación tomaron en la defensa del Parque, de los cuales dice Arango: «¡Qué denuedo el de aquellos hombres! Mejor dicho ¡qué fiereza!... Porque la rabia de una leona á quien arrebataron sus cachorros es la comparación única del furor de los madrileños cuando, sobre el cautiverio de Fernando, recién aclamado, vieron comenzar en aquella salida la infausta permuta de su dinastía.»

Poco tiempo después esta corona fué conducida al Museo de Artillería, donde ha quedado depositada al pié de las urnas funerarias de los dos mártires á quienes ha sido dedicada, y no lejos de los recuerdos de Ruíz, que esmeradamente conserva el mismo Establecimiento.

El MEMORIAL DE ARTILLERÍA, como recuerdo de la inauguración del monumento del teniente Ruíz, ha recibido un notabilísimo retrato de este heróico oficial, dibujado por el egregio escultor D. Mariano Benlliure, autor de aquél, y grabado al agua fuerte por Maura; delicada atención que agradecemos en extremo á la Comisión organizadora de la estatua.

Madrid, 10 de mayo de 1891.

A. DE O.-C.

te á este asunto, que se conserva en el Archivo de la hoy Inspección General de Artillería, y que á nuestro juicio debería llevarse al Museo con todos los demás documentos oficiales y particulares referentes á Daoíz y Velarde y á la jornada del *Dos de Mayo*, formando una colección especial que bajo, índice y debidamente guardada, estuviera, sin embargo, á la vista del público.

1.8
-8

18
8